

Carlos E. Moncayo

Vox populi, vox Dei

Discurso pronunciado
por el Presidente de la
Confederación Obrera
Ecuatoriana con moti-
vo de la exhumación
y traslado de los restos
del Sr. Gral. Dn. Eloy
Alfaro a Guayaquil : :



QUITO.—1921

IMPRENTA NACIONAL

VOX POPULI, VOX DEI

La voz del pueblo, es la voz de Dios; y la justicia, la justicia popular, que encarna las reivindicaciones y consagra la inmortalidad, como que es la única emanación de la soberanía, ha surgido, plena como el sol, y ha hecho oír su voz, potente y grave, hoy que se trata de la apoteosis de un hombre ilustre, injustamente combatido y cruelmente asesinado.

Nueve años ha que, en asechanza vil y cobarde, cayó el General Don Eloy Alfaro, el gigante de la democracia americana. Nueve años que, con su muerte, se infamó a la Patria, porque se arrojó a la faz de todo un pueblo la responsabilidad de este crimen, que no fue perpetrado sino por un grupo personalista y ruin, compuesto por los deshechos del conservadorismo y del liberalis-

mo, para sostener una autocracia negra y sombría, y ayudado por unos cuantos fanáticos de la religión y la política clerical, que, como los buitres, desgarran entrañas tan luego como los vahos de sangre llegan a despertar sus instintos de aves carniceras. Nueve años que los pocos partidarios y amigos, que han seguido fieles a su memoria y a la doctrina por él sustentada, han recorrido un éxodo de amargas e injustas penalidades; pero, en esos nueve años, la justicia popular se ha impuesto y la hora de la apoteosis ha llegado. Paso a ella, porque significa el **mea culpa** para los que sobre el ilustre soldado, libertador y mártir pusieron sus sacrílegas manos y hoy lloran arrepentidos; y el **hossanna** para aquellos que, fieles al Maestro y a la Doctrina, han permanecido de pie, calumniados, combatidos por todas las pasiones y recriminados por todos los muñidores de una política bastarda.

Y esta apoteosis al mártir, al estadista y al guerrero, gloria de la Patria, que añadió trofeos a nuestro escudo nacional, es como el agua lustral o los carbones encendidos del Profeta, que limpian y purifican las conciencias y reconcilian a los hombres y a los pueblos. Bendita la hora en que, con la frente en el suelo, confesamos nuestros crímenes y hacemos por purificarnos en el crisol del arrepentimiento.

La glorificación a la personalidad del General Don Eloy Alfaro, decretada por los Poderes Públicos y sancionada por el consen-

timiento unánime de los ecuatorianos, manifestando está, bien a las claras, que este guerrero no perteneció a la vulgaridad y que, por el contrario, su figuración política y su amor a la Libertad y a la Patria, lo colocan entre los hombres superiores, venidos al mundo para impulsar el progreso, consagrar los derechos inalienables de los ciudadanos y cimentar, sobre bases sólidas, la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

Y que el General Alfaro hizo obra fecunda, no cabe dudarlo. Lo están proclamando el espíritu de tolerancia que va infiltrándose ya en el pueblo, el despertar al estudio y a la vida cívica que en él se ve, su afán por llegar al manejo de la cosa pública, y hasta los honores decretados a su memoria y ese como reconocimiento y compunción que se nota en los ciudadanos, al recuerdo del **viacrucis** recorrido por el mártir y al recuento de sus virtudes y de sus obras de progreso y engrandecimiento nacional.

Altos títulos acreditan a Eloy Alfaro como inmortal y le presentan a la veneración pública. Apóstol de una idea liberadora y de redención, lucha infatigable y heroicamente por tornarla realidad. El despotismo le arroja fuera de la Patria; sus puertas quedan cerradas para él, pero las golpea fuertemente hasta conmovérlas; ruga como león, clama en nombre de la libertad, de la civilización, de los derechos conculcados a sus compatriotas; mas, por desgracia, son pocos los que atienden y responden a sus llamamientos de ascendido patriotismo, porque sus acentos de libertad se pierden y se con-

funden con la algarabía que produce la salmodia de los cortesanos, el chirriar de las cadenas y el chasquido del látigo degradante.

Tiende su mirada ansiosa en torno de la República, busca a sus correligionarios y amigos, y divisa allá, en la penumbra, la imagen dolorida y angustiada de muchos de ellos, que han sufrido el castigo de su amor a la libertad en el patíbulo. Otros yacen en servidumbre, y muchos han ido a rodar de playa en playa, saboreando el amargo pan del desterrado y llorando la ausencia de la Patria infortunada. Pero los lamentos no fueron jamás las armas de los titanes y los bayardos de la libertad, convocados y reunidos a la voz del amigo y Jefe, tornan a la lid; vuelven a bregar una y cien veces, con fe y constancia tan sólo peculiares a los hombres encargados de una misión sublime, hasta que el dios de las batallas corona sus frentes con el laurel del triunfo y la diosa de la libertad asciende al egregio Alfaro al Poder, en premio de tanto convencimiento, de tanta constancia, de tantos sacrificios, de inauditos esfuerzos, de ciclópeas campañas, y cuando casi todos sus compañeros de martirio habían transpuesto ya los umbrales de la tumba. Casi solo en el Poder, rodeado de enemigos terribles, su labor es ímproba, inmensa, sin tregua ni descanso. Tiene que formar hombres, capacitándolos para la administración pública, la diplomacia y la milicia, y, con ellos, sentar las bases de la democracia verdadera, de la libertad y del derecho. Toma a la juventud, la levanta hasta los sillones ministeriales, las curules legisla-

tivas y concejiles, las cátedras de las universidades y de los colegios, los negocios internacionales y el ejercicio noble de las armas; y con esta juventud bizarra, inteligente y democrata, lo hace todo. Reforma la legislación, modernizándola, tornándola humana y liberal; transforma las universidades en centros de cultura científica; funda colegios y liceos; escuelas normales para formar preceptores de instrucción primaria, escuelas de bellas artes; conservatorio de música y declamación; escuelas nocturnas para obreros; colegios militares. Crea juntas que se entiendan en dotar a las diversas poblaciones de la República de agua potable, canalización, pavimentación y luz eléctrica; promueve el establecimiento de tranvías. Democratiza a los municipios poniendo en ellos a obreros y los convierte en centros cosmopolitas, llevando a su seno a los extranjeros útiles, residentes en la Patria; rehabilita a la mujer, elevándola al ejercicio de los cargos públicos; favorece a la raza india y a las asociaciones obreras; arregla definitivamente el pago de la deuda sagrada que nos legó Colombia, la grande, levantando así el crédito nacional, aniquilado, perdido por obra de la desidia, cuando no del peculado, y, sobre esa base, establece el talón de oro, resorte indispensable para el equilibrio del cambio y para la movilidad del crédito. Acreecenta las rentas públicas y las eleva a veinte millones de sucres anuales, cuando él las halló en cinco, cantidad menguada, incapaz de llenar las exigencias del progreso. Con clara visión sobre asuntos internaciona-


les, salva a la Patria, en 1910, tanto de la pérdida de nuestro Oriente, como de una guerra dispendiosa y cruel. Para honrar a nuestros próceres, a nuestros héroes, a los santos de nuestro calendario republicano, lleva a efecto la Exposición Internacional, en conmemoración del Centenario del Primer Grito de Independencia dado en la América Latina. Reputa como deficiente la enseñanza que imperaba en la República; y, para perfeccionarla, envía a los centros más civilizados de Europa y América del Norte, a jóvenes, con la noble misión de ser más tarde los cruzados del engrandecimiento nacional; y, como corona y remate de tanta obra de patriotismo, se obstina en legarnos ardua vía férrea que nos ponga en contacto con nuestro puerto principal, nos aproxime y compenetre con nuestros hermanos de la costa y nos sirva de vehículo de civilización y progreso. Y todo esto contra el torrente de los reaccionarios, venciendo las resistencias de algunos amigos apocados, cobardes o envidiosos, y con el fusil en la una mano, la azada en la otra y el espíritu divagando en busca de la panacea para curar tanto mal. ¡Oh, conciudadanos! ¡Cuánto esfuerzo de voluntad y cuánto trabajo! . . . Alfaro fue incomprendido y, por eso, combatido. De habersele apreciado en su justo valor, por unos, y de haber habido verdadero patriotismo, en otros, ¡cuántos mayores bienes hubiera hecho al esfuerzo de su voluntad creadora! . . . Con todo, a él se le debe el escaso progreso que disfrutamos, tanto en el orden moral como en el material.

No cabe disputarle este derecho, que es incuestionable, y que consta ya en las páginas de oro de la Historia.

Si algunos errores, propios de la época terrible en que tuvo que actuar, ensombrecieron su paso por el Poder, fueron como nubes de verano que se disiparon al soplo de la más leve brisa, o como las manchas del sol, tenues cendales que no impiden que el divino astro nos caliente, vivifique y derrame su luz, que es guía y consuelo de la vida. Sí, pudo tener errores, ¿qué hombre no los ha tenido y los tiene? Pero están atenuados con la buena intención que guió todos los actos de esa vida de sacrificios por la Patria, y purificados por el agua lustral del martirio.....

Tal la egregia personalidad del General Don Eloy Alfaro: múltiple y fuerte, benéfica y grande siempre. Es un símbolo: representa a la Democracia y a la Libertad, y su nombre venerando vive y vivirá para enseñanza y ejemplo, y como arquetipo de sacrificio, de virtud y de amor ascendrado a la Patria.

Carlos E. Moncayo.



Quito, Octubre 10 de 1921.

de la necesidad de cimentar la paz y la armonía con nuestro antiguo aliado del Norte, al que no se le desligo, en consecuencia, de la *defensa conjunta*, a que estaba obligado, no sólo por el interés común, sino también por pactos expresos. Hoy vemos imperar en las regiones oficiales no ya la decisión patriótica de 1910, sino un espíritu malamente llamado fraternal y pacífico, el cual lleva la prudencia hasta sellar los labios ante las peores situaciones internacionales: vemos ya casi sin conocimiento la diarria usurpación del Oriente, por un invasor que ni siquiera oculta ni niega sus conquistas: vemos uno como zapagamiento del amor patrio y otro vitificador que resurra y propaga el ardor patriótico en las multitudes; vemos con la mayor tristezza a nuestro valeroso Ejército sin armas, sin municiones, sin elementos para subsistacer su ardiente deseo de sacrificarse en defensa de la República: vemos con asombro el inatizado y absurdo empeño de ocultarje al pueblo el verdadero estado de los negocios internacionales, al extremo de llamar traidores a los ciudadanos que, por servir mejor los intereses nacionales, intentaron levantar siquiera un poco el velo que cubre el increíble cúmulo de errores de nuestra diplomacia: vemos, año tras año, como ninguna legislación dicta la más pequeña medida para la defensa nacional, salvo esas declamaciones vacuas, esos proyectos utópicos, esos planes vulgares, con que ciertos legisladores creen conquistarse simpatías entre los ciudadanos que forman parte en las cámaras; vemos, en una palabra, que esta decida oficial de reticela vergonzosamente en el mismo pueblo de 1910, en ese pueblo que llenó de admiración a todos los que contemplaron su abnegación y patriotismo, y que tornará a mostrarse de igual manera, en cuanto se rompa esta capa de hielo con que una política desgraciada nos ha envuelto como en un sudario.

No terminariamos las comparaciones, si hubiéramos de examinar en todos sus aspectos y linamientos la antigua situación de la República en relación con la presente; pero nadie que mire con imparcialidad el desarrollo de nuestra política, podrá negarnos que nos hemos salido por completo de la ruta marcada por Alfaro, como la más recta y segura para arribar a las cimas de la libertad y el progreso: que la reacción tradicionalista aranza rápidamente y se apodera de los mejores baluartes del liberalismo; que la libertad y la democracia están en peligro inminente; que el patriotismo ha cedido, por más que nos sea muy doloroso el contárselo, y que no vemos como se debe la soberanía de la nación; en fin, que la inercia del partido radical aumenta a medida que aumentan las divisiones y los recíprocos rencores de sus miembros. Contemplamos venir el catolicismo, nos comovemos y lamentamos ante la amenaza del derrumbamiento de nuestros ideales; pero nada hemos hecho hasta ahora para conjurar el desastre y mantener en alto la bandera de Junio. ¿Qué podríamos, responder a las justas reconvencciones que el Mártir del liberalismo pudiera dirigírnos a los que cifamos nuestro orgullo en llamarnos radicales?

La hora de la justicia ha llegado; pero, lo repetimos, no basta glorificar al Regenerador ecuatoriano, dedicándole monumentos y

entornando himnos a su memoria; sino que es preciso cumplir sus patrióticos anhelos; llenar en lo posible su vasto y grandioso programa político y administrativo, como condición de progreso, libertad y ventura para el pueblo; continuar su labor civilizadora sin detenernos ante los obstáculos que el tradicionalismo nos oponga; y eternizar así el nombre del Varón ilustre que marcó el punto inicial de la regeneración ecuatoriana. Es menester unirnos en este grande y noble pensamiento, dar de mano todo caudillaje y ambición personal o de círculo, olvidar ofensas recíprocas y restablecer los antiguos vínculos de solidaridad en el partido, volver al culto ferviente de los principios y doctrinas que han civilizado y redimido al mundo, sacudir la inercia y pronunciar el milagroso ¡*Surgel*! al oído de las masas trabajadoras, que, si bien abatidas por el sufrimiento y el malogro de sus legítimas aspiraciones, llevan en sí un germen inextinguible de actividad y virtudes, de valor y nobleza, que les hacen capaces de los mayores prodigios en pro de la República, siempre que llega al caso de servirla. Y esa voz de resurrección, esa iniciativa salvadora de nuevas orientaciones políticas y sociales, deben venir de los mismos gobernantes, si es verdad que componen una administración liberal y patriótica; deben venir de todos los que forman en lasdel radicalismo doctrinario y puro; deben venir de todos los que anhelan sinceramente la regeneración y el engrandecimiento del Ecuador; deben venir de todos los administradores de Hoy Alfaro que desean perpetuar su nombre al través de las edades, ya que ninguna numeración pudiera ser más imperceptible y efímera que la numeración y conspicienda grandeza de un pueblo.

Este es nuestro deber ineludible; prometamos cumplirlo con el mejor homenaje al Caudillo mártir, como testimonio evidente de nuestra incontrastable adhesión a los principios que Alfaro proclamó en toda su gloriosa existencia, como prenda segura de que jamás abandonaremos el servicio de la santa causa de la democracia. Y no nos arretiren el naufragio lamentable de ciertos caracteres, la claudicación de los unos, la traición de los otros, la actitud veclante o cobarde de muchos; porque si bien ésta y resuelta a sostener como antes, la enseña del progreso y la libertad, sin escatimar ningún sacrificio posible. Unámonos ante las venerandas cenizas de Alfaro, y resuñamos la misma sagrada de perseguir y dar término a la grandiosa empresa de transformar al Ecuador en un pueblo libre, próspero y feliz. He ahí nuestra obligación, Radicales; pongámonos en pie, y obramos!

J. Peralta

Quito, 11 de Octubre de 1921.

(“El Día” N.º 2.532).